DOCUMENT RESUME

ED 164 237 95 RC 011 086

TITLE Buscando Hallaras. Que Bonito Es Leer, II. Libro II. Libro de Lectura (Looking You Will Find. How Nice Reading Is, II. Book II. Reading Book).

INSTITUTION Curriculum Adaptation Network for Bilingual/Bicultural Education, San Antonio, Tex. Southwest Regional Adaptation Center.; Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education, Austin, Tex.

SPONS AGENCY Office of Bilingual Education (DHEW/OE), Washington, D.C.

PUB DATE Feb 78

NOTE 101p.; For related documents, see ED 149 640 and RC 011 084-085

AVAILABLE FROM Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education, 7703 N. Lamar Blvd., Austin, Texas 78752 (325-1, $1.50)

EDRS PRICE MF-$0.83 HC-$6.01 Plus Postage.

DESCRIPTORS *Bilingual Education; *Childrens Books; Cultural Awareness; Elementary Education; Grade 2; *Instructional Materials; Language Instruction; Language Programs; Primary Education; *Reading Instruction; *Reading Materials; Reading Programs; *Spanish; Supplementary Reading Materials

ABSTRACT

The Spanish reader, which has an accompanying workbook and teacher's guide, is the second in a series of readers designed for second grade supplementary Spanish reading instruction. The book contains eight stories, each about fifteen pages long. The first four have cultural themes and the last four, animal themes. There are black and white illustrations on almost every page. (SB)

****
* Reproductions supplied by EDRS are the best that can be made *
* from the original document. *
****

ED164237

Buscando Hallarás

¡Qué bonito es leer! II

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
NATIONAL INSTITUTE OF EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL NATIONAL INSTITUTE OF EDUCATION POSITION OR POLICY.

RC 011086

Libro 2 Libro de lectura

2

BUSCANDO HALLARÁS

LIBRO II

LIBRO DE LECTURA

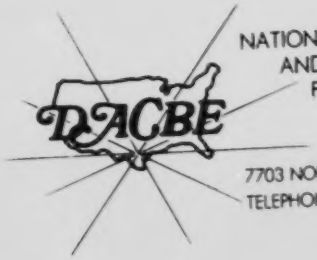
¡QUÉ BONITO ES LEER II!

PRODUCIDO POR

CANBBE

SOUTHWEST REGIONAL CENTER

DISTRIBUIDO POR



NATIONAL DISSEMINATION
AND ASSESSMENT CENTER
FOR BILINGUAL EDUCATION

7703 NORTH LAMAR AUSTIN, TEXAS 78752
TELEPHONE: 458-9131/458-2042

Dissemination and Assessment Center
for Bilingual Education
Education Service Center, Region XIII
7703 North Lamar
Austin, Texas 78752

"The project reported herein was performed pursuant to a Grant from the U.S. Office of Education, Department of Health, Education and Welfare. However, the opinions expressed herein do not necessarily reflect the positions or policy of the U.S. Office of Education, and no official endorsement by the U.S. Office of Education should be inferred."

The Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education is a special E.S.E.A. bilingual project funded by the U.S. Office of Education through the Education Service Center, Region XIII. DACBE has selected these materials for dissemination, however, the opinions expressed herein do not necessarily reflect its position or policy nor that of Education Service Center, XIII.

This publication was developed and printed with funds provided by the Bilingual Education Act, Title VII of the Elementary and Secondary Education Act of 1965, as amended by Public Law 93-380. Therefore it is in the public domain and may be reproduced for local use.

First printing: February 1978

ISBN: 0-89417-325-1

ÍNDICE

Buscando Hallarás 1

El Huésped Inesperado..... 15

Robo en el Museo 29

El Cuento de Aurelio 45

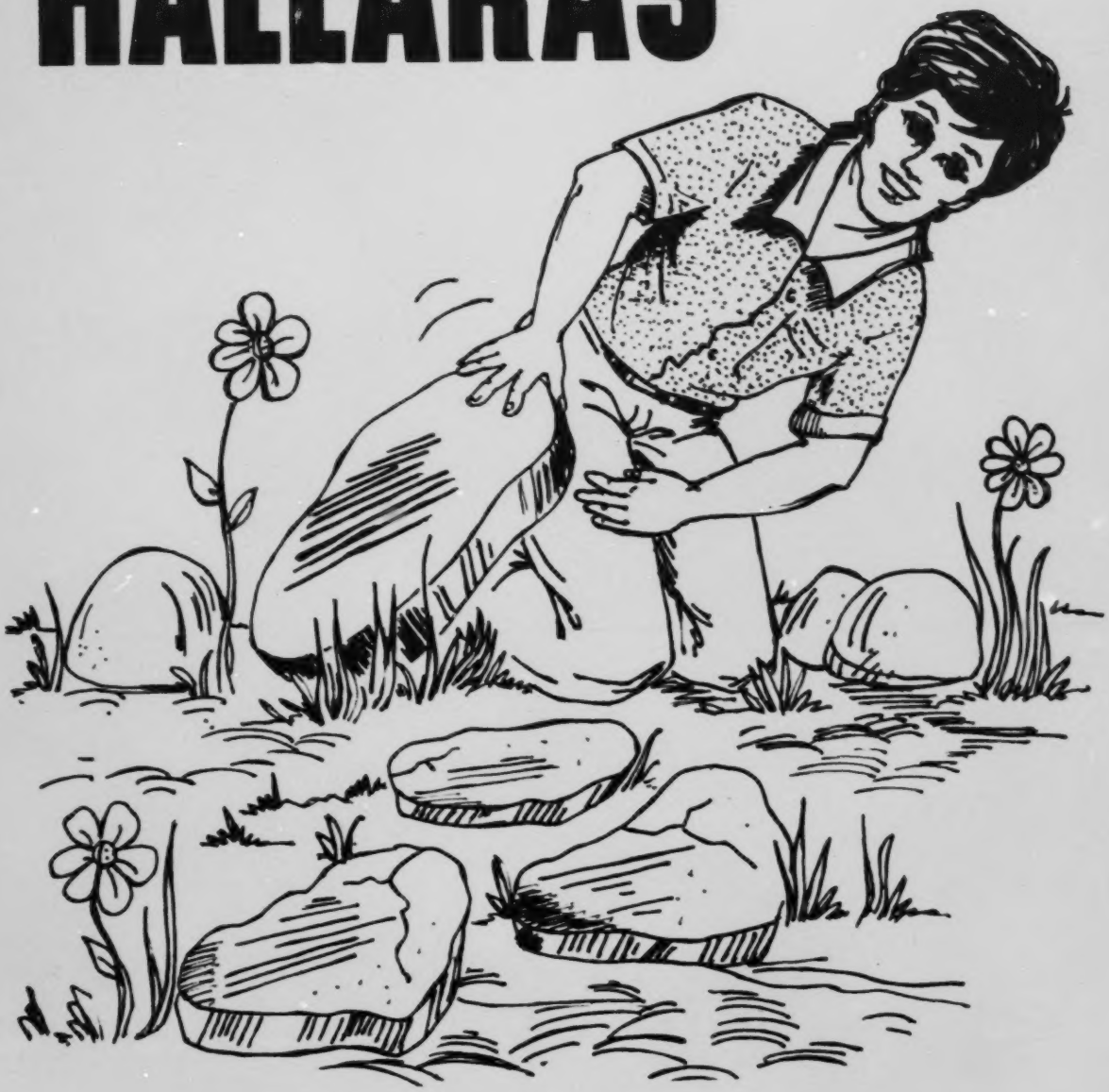
Los Dos Amigos..... 59

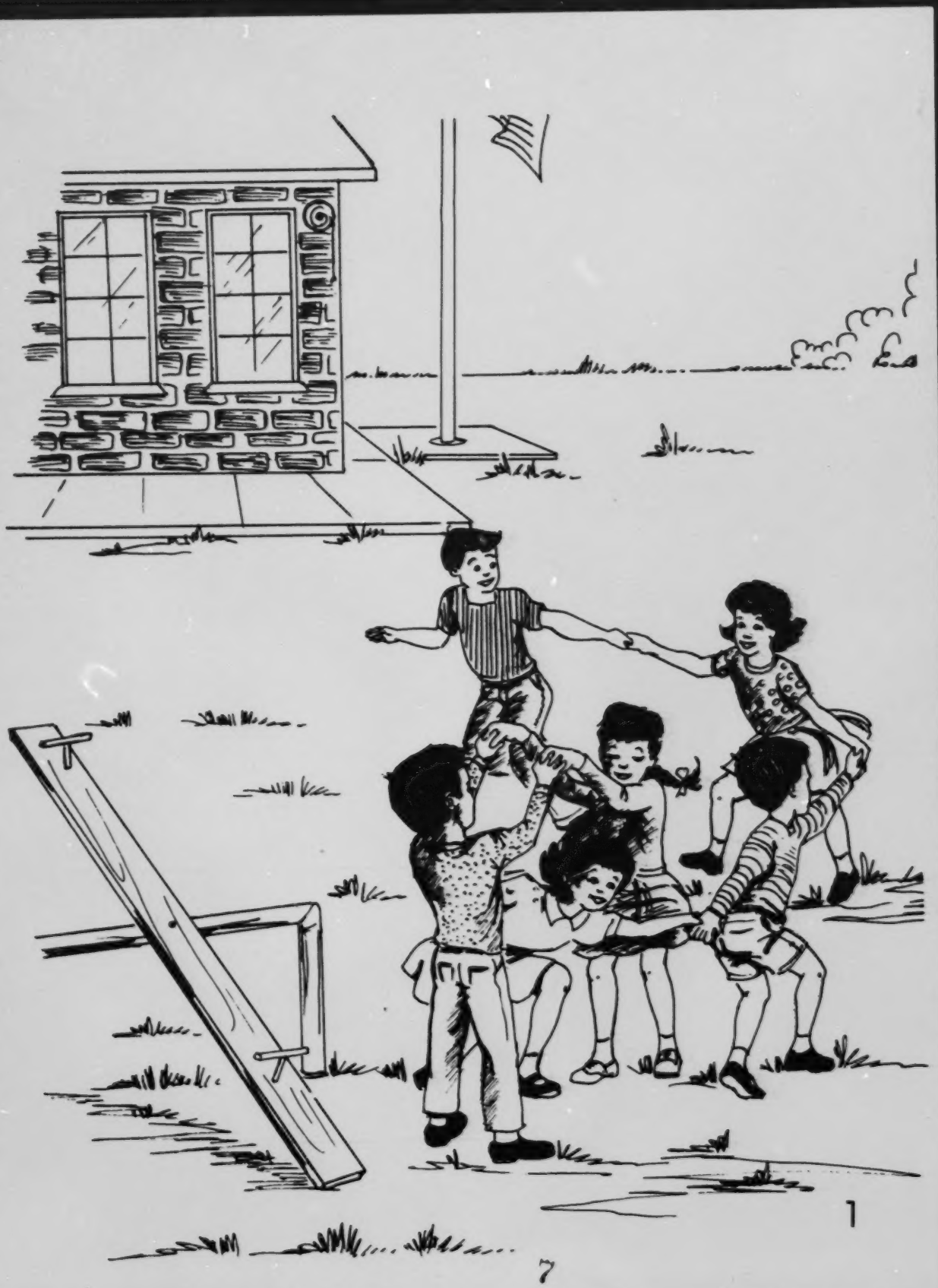
Más Miedo que Hambre..... 69

Las Aventuras de los Globos ... 83

El Zoológico Alborotado..... 93

BUSCANDO HALLARÁS

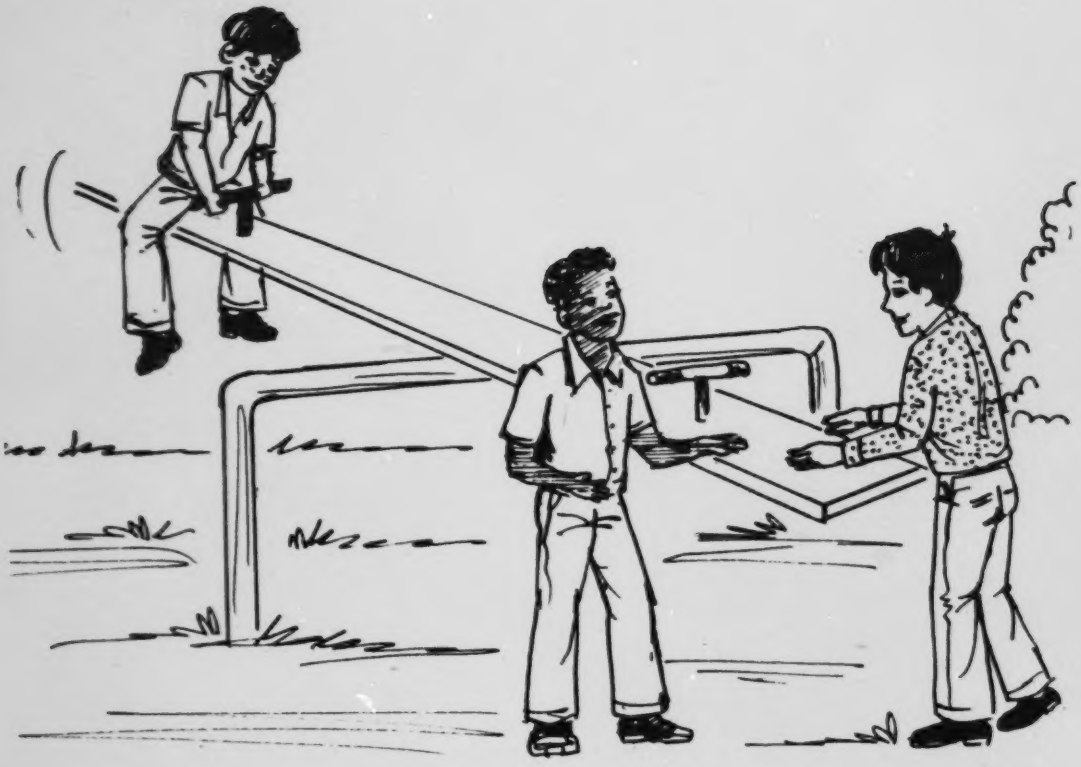




BUSCANDO HALLARÁS

Era la hora del recreo y los niños estaban jugando en el patio de la escuela. Dos niños estaban jugando en el sube y baja. Josué que no conocía a nadie, se acercó a los niños y les dijo:

—Yo también quiero jugar.



Uno de los niños que estaba sentado en el sube y baja le deja su lugar a Josué. El niño en la otra punta, un niño de pelo rubio y ojos azules, le hace una seña para que se suba. Josué está encantado de jugar con ellos en el sube y baja.

—¡Cómo me gusta jugar en el sube y baja, porque cuando estoy arriba, parece que puedo tocar el cielo! —le dice Josué al otro niño.

En una de esas que sube hasta arriba, se echa para atrás y pega un grito:

—¡Quiero ver todo el cielo!

El timbre avisa que hay que regresar al

salón de clase. Con la prisa de bajarse, se cae del sube y baja y da una maroma.

—¡Oye, qué bien lo haces! Ahora tenemos que regresar a clase. Ya sonó el timbre —le dice el niño de pelo rubio. Pero Josué no oye a su amigo.

Está de rodillas buscando algo en la arena. Los niños se acercan y le preguntan:

5

—¿Qué buscas?

—Se me cayó mi medallita de oro. No la traigo puesta. Creo que cuando me caí del sube y baja y eché la maroma, se me cayó.

—Nunca la vas a encontrar con tanta arena —le dice el Güero.

—Es la medallita que me dio mi mamá. Esta mañana me recomendó que no la fuera a perder. Si no la encuentro me va a regañar —le dice Josué, con lágrimas en los ojos.

—Mira, yo también tengo mi medalla de oro. Esta me la gané en un concurso de béisbol. Siempre la traigo en el cuello —le dice el Güero.

El amigo pensaba en lo triste que estaría si se le hubiese perdido a él su medalla. Por esa razón se puso a buscar con más ahinco, la medallita que perdiera Josué.

—No te mortifiques Josué, Arturo y yo te ayudaremos a buscarla. Ya verás que pronto la encontramos.

—¡Gracias! ¡Ustedes si son buenos cuates! —les dice Josué.

Los niños buscan la medallita por todas partes, pero no la encuentran. Josué se siente muy triste.

—Creo que es inútil seguir buscándola —dice Josué—. Quisiera darles las gracias, pero ni siquiera sé sus nombres.

El niño de pelo rubio y ojos azules le dice:

—Yo me llamo Roberto y mi amigo se llama Arturo.

—Ustedes sí son mis amigos. ¡Gracias Roberto! ¡Gracias Arturo! Gracias por ayudarme a buscar mi medallita. Estoy triste de haberla perdido, pero al mismo tiempo me siento contento de haber encontrado dos amigos.

—¡Bueno! ¡Bueno! ya basta de platicar. Por mi culpa vamos a llegar tarde —dice Josué.

Se encaminaron al salón de clases pero antes se detuvieron en la fuente de agua.

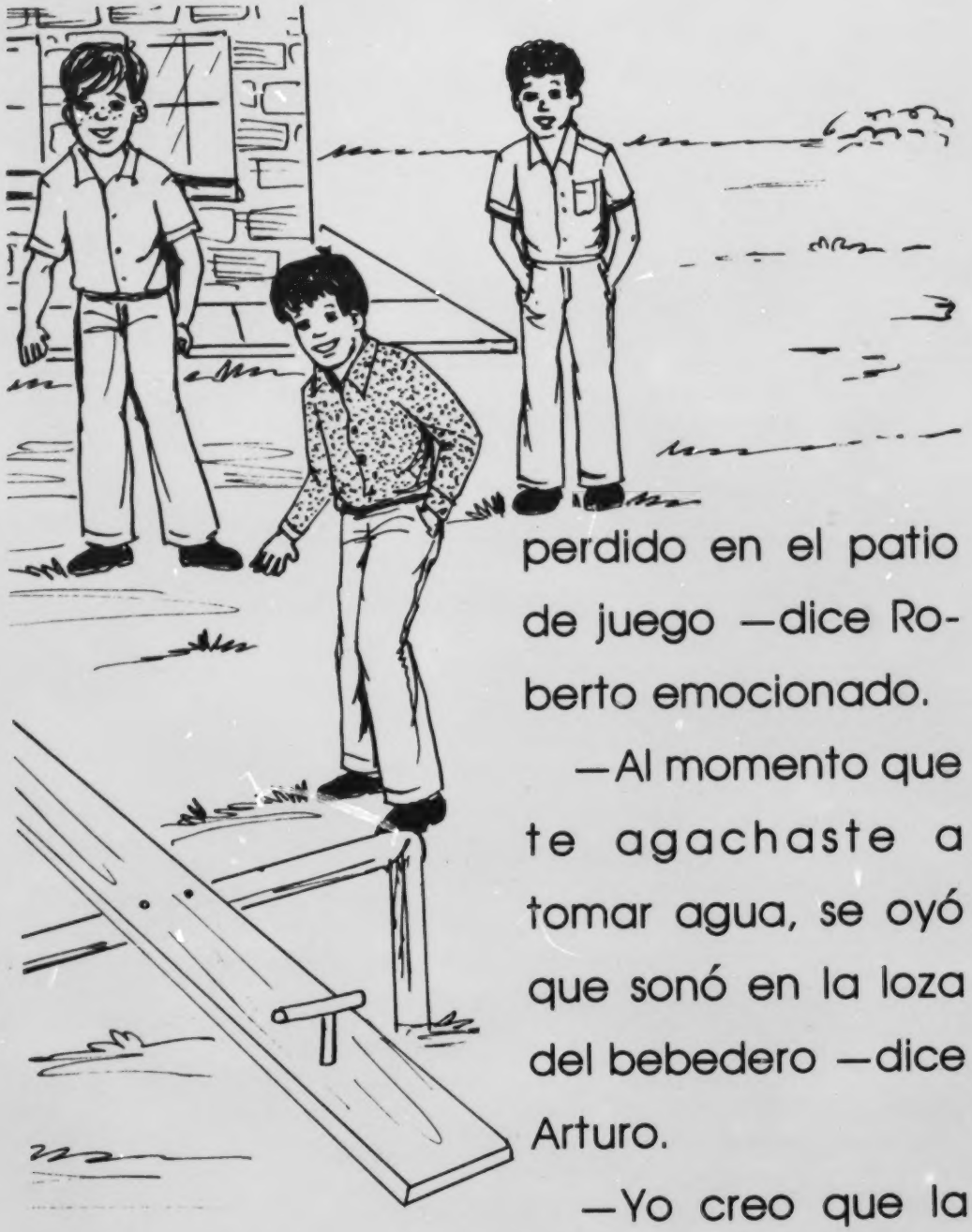
Josué es el primero que se agacha a beber agua. Entonces se oyó caer algo en la fuente.

Cuando oyó el ruido de metal sobre la loza de la fuente, Josué se quedo sorprendido por un momento.

—¿Qué te pasa? —pregunta Arturo.

—¡Mi medalla! ¡Es mi medallita! —grita Josué.

—¿Pero cómo? Yo creí que la habías



perdido en el patio de juego —dice Roberto emocionado.

—Al momento que te agachaste a tomar agua, se oyó que sonó en la loza del bebedero —dice Arturo.

—Yo creo que la

11

medalla se te cayó de la bolsa de la camisa, cuando te agachaste a tomar agua —dice Roberto.

—¿Pero cómo llegó a dar la bolsa de mi camisa? —pregunta Josué.

Los tres se quedaron pensando un rato, tratando de resolver el misterio.

Al fin Josué logró dar con la solución del problema.

—¡Ya sé lo que pasó! —dice Josué—. Cuando eché la maroma, la cadena de la medallita se me resbaló del cuello y se me

cayó en la bolsa de la camisa. Luego cuando me agaché a tomar agua, se me salió de la bolsa.

—Por eso no la podíamos hallar en la arena —dice Roberto.

—¡La medallita no se había perdido! La traía en la camisa —gritó Josué.

Los niños riendo de alegría, van a su cuarto de clase.

Josué no solo halló su medallita de oro. Halló dos nuevos amigos.

¡Qué día tan afortunado!

13

EL HUÉSPED INESPERADO

Luisa esperaba la llegada de su amiguita Betty. La había invitado a comer a su casa. Su mamá estaba en la cocina preparando una comida mexicana.

Betty nunca había probado comida mexicana.

page 14 blank.

—¡Mamá! ¿Puedo ayudarle en algo? —pregunta Luisa.

—Puedes poner la mesa mientras termino de cortar la lechuga y el tomate para los tacos.

Luisa comienza a poner la mesa cuando le dice su mamá:

—Luisa, no se te olvide darle de comer a tu guajolotito.

—¡Sí, mamá! Ya ha de tener hambre. Hoy no le he dado su maicito.

Cuando Luisa se prepara para ir a darle de comer a su guajolotito, oye sonar la puerta. Era su amiga Betty.

—¡Mamá! Ya llegó mi amiga.

La mamá sale de la cocina y va a la puerta a darle la bienvenida a la niña.

—¡Qué bueno que pudiste venir! Le dice Luisa—. Betty, mira te presento a mi mamá. Mamá, ésta es mi amiga Betty.

—Tengo mucho gusto en conocer a una amiga de mi hija. Pásale. Ya sabes que aquí estás como en tu casa. ¿Cómo está tu familia?

—¡Muy bien, señora! —dice Betty.

—¡Qué bueno! ¿Ya tienes hambre? Ya tengo todo listo.

—¡Vengan! ¡Siéntense a comer! ¡Luisa, lleva a Betty al comedor!

—Todo huele tan sabroso —dice Betty—. ¡Qué bueno que me invitaste a comer, Luisa!

La mamá le sirve dos tacos a Betty, pero como no sabe comer tacos, toma uno por la punta y se le escurre todo el relleno por el otro lado. Betty no sabe si comerse el taco vacío o volver a meterle el relleno.

Luisa se ríe al ver la cara de su amiga.

—¡Mira, Betty! Así es como debes comer un taco para que no se le salga lo de adentro. El taco se toma por en medio y así se lleva a la boca.

Betty pone atención mientras Luisa le enseña cómo comer un taco. Luego vuelve a llenar su tortilla con el relleno. Esta vez, toma el taco por en medio, como le enseñó Luisa, y se lo come sin que se le escurra nada.

—¿Ya ves qué fácil? —le dice Luisa.

—Sí, pero no es fácil cuando uno los come por primera vez. Le voy a decir a mi mamá

que me haga tacos. Son muy sabrosos.

Betty estaba comiendo su segundo taco, cuando sonó el teléfono, Luisa se levantó a contestarlo.

—¡Betty! Te llaman por teléfono. Creo que es tu mamá.

La mamá se levanta de la mesa y se va a la cocina mientras las dos niñas están en el teléfono.

Mientras tanto, el guajolotito de Luisa entra en el comedor. Se sube a la mesa y empieza a picotear la comida.

Al oír ruidos en el comedor, la mamá se asoma por la puerta de la cocina.

Casi le da un desmayo cuando ve al guajolotito parado sobre la mesa. Empieza a gritar:

22

—¡Luisa! ¡El guajolote se come la comida! ¡Luisa ven pronto!

Luisa y Betty corren al oír los gritos de la mamá. Cuando entran al comedor, ven a la mamá espantando al guajolote con una escoba.

Pero entre más le gritan al guajolote que se baje de la mesa, más corre pisoteando la comida.

El pobre guajolotito

quiere salirse, pero no halla ninguna puerta por dónde salir.

Luisa y Betty corren a abrirle la puerta para que se salga.

—¡Mamá! Ya no le pegues. El guagolotito se va a enojar —dice Luisa.

—Yo soy la que estoy bien enojada. ¡Cómo se atreve ese animalucho a entrar a mi comedor!

Por fin logran sacar al guajolotito de la casa. Betty comienza a ayudarle a la mamá a limpiar la mesa.

—¡Mamá! Yo tengo la culpa que se haya metido a la casa el guajolotito. Por el gusto de ver a Betty se me olvidó darle de comer. El pobre animalito no tiene la culpa. Se metió porque tenía hambre —explicó Luisa.

—Pues dale de comer ahorita mismo,

antes de que pase otra cosa —le dice la mamá.

—Mientras le das de comer, voy a servir el pastel.

Algo apenadas por lo ocurrido, las muchachas se sientan a la mesa a terminar de comer.

—¡Betty! —le dice Luisa—. Siento mucho

que haya pasado lo del guajolotito. Otra vez que vengas, voy a amarrarlo para que puedas comer en paz.

—¡Ay! ¡Qué guajolotito tan atrevido! Al acordarse del guajolote correteando por la mesa, las amiguitas comenzaron a reírse. Tanto se rieron que al rato la mamá también comenzó a reírse.

28

EL ROBO EN EL MUSEO

—¡Maestra! ¡Maestra! Lea lo que dice aquí en el diario de hoy.

—"La pintura del gran Cristóbal Colón estará en exhibición en el Museo de Historia sólo por una semana" —lee Diego en voz alta.

—¿Quieren ustedes ver ese cuadro? —pregunta la maestra a los niños.

—¡Sí, maestra! Después de estudiar la vida de ese gran explorador, queremos ver cómo era. ¿Vamos mañana al museo? —le preguntan suplicantes los niños a la maestra.

—Bueno, iremos. Pero todos tenemos que tomar parte en las preparaciones. Uno de

ustedes se entenderá de recoger los veinticinco centavos para la entrada al museo. Otros tienen que pedirle al director que nos preste el autobús para que nos lleve y nos traiga al museo. Y por último, cada uno de ustedes tiene que preparar una tarjeta con su nombre.

Por fin llego el día de la visita al museo. Diego fue el encargado de pagar las

entradas de sus compañeros. La maestra había advertido a los niños que deberían permanecer en grupo junto a ella, durante la visita.

Diego nunca había ido al Museo de Historia y encontró todo muy interesante. Entraron a una sala donde había una colección de cuadros de indios americanos, Diego vio a dos niños escondidos detrás de

una puerta.

—¿Qué les pasa? —les preguntó Diego.

Los niños le hicieron señas a Diego para que no hablara en voz alta. Diego se acerca a ellos y les vuelve a preguntar en voz baja.

—¿Qué les pasa?

Uno de los niños apunta hacia uno de los salones del fondo donde se encuentran dos hombres hablando. Diego notó que los hombres estaban vestidos como carpinteros y traían una escalera.

—Esos hombres me parecen sospechosos.

Parece que están planeando robarse el famoso cuadro de Cristóbal Colón. Cuando pasé junto a ellos, oí a uno decir que había que tener cuidado con el guardia.

—¡Cómo que se lo van a robar! ¡Eso sí que no! —dice Diego.

—Tenemos que seguirlos para que no se escapen —dice Orlando a los otros niños.

—¡Sí! —dice Enrique—. No podemos dejar que se roben el cuadro de Colón. También somos grandes admiradores del descubridor de América.

—¿Y de dónde son ustedes? —pregunta Diego—. ¿No son de aquí?

—Bueno —dice Enrique—, yo soy de Cuba y Orlando es de Puerto Rico.

—¡Ah! Con razón hablan el español un

poco diferente —dice Diego.

—Bueno, dejemos de estar platicando —dice Arturo—, y vamos a seguir a esos hombres.

Los niños se esconden y ven a los hombres poner la escalera en contra de la pared.

Aparentaban componer algo. Cuando creían que nadie los estaba viendo, uno de ellos quitó el cuadro de su lugar.

—¡Ojalá que no lo dejen caer y lo arruinen —dijo Orlando.

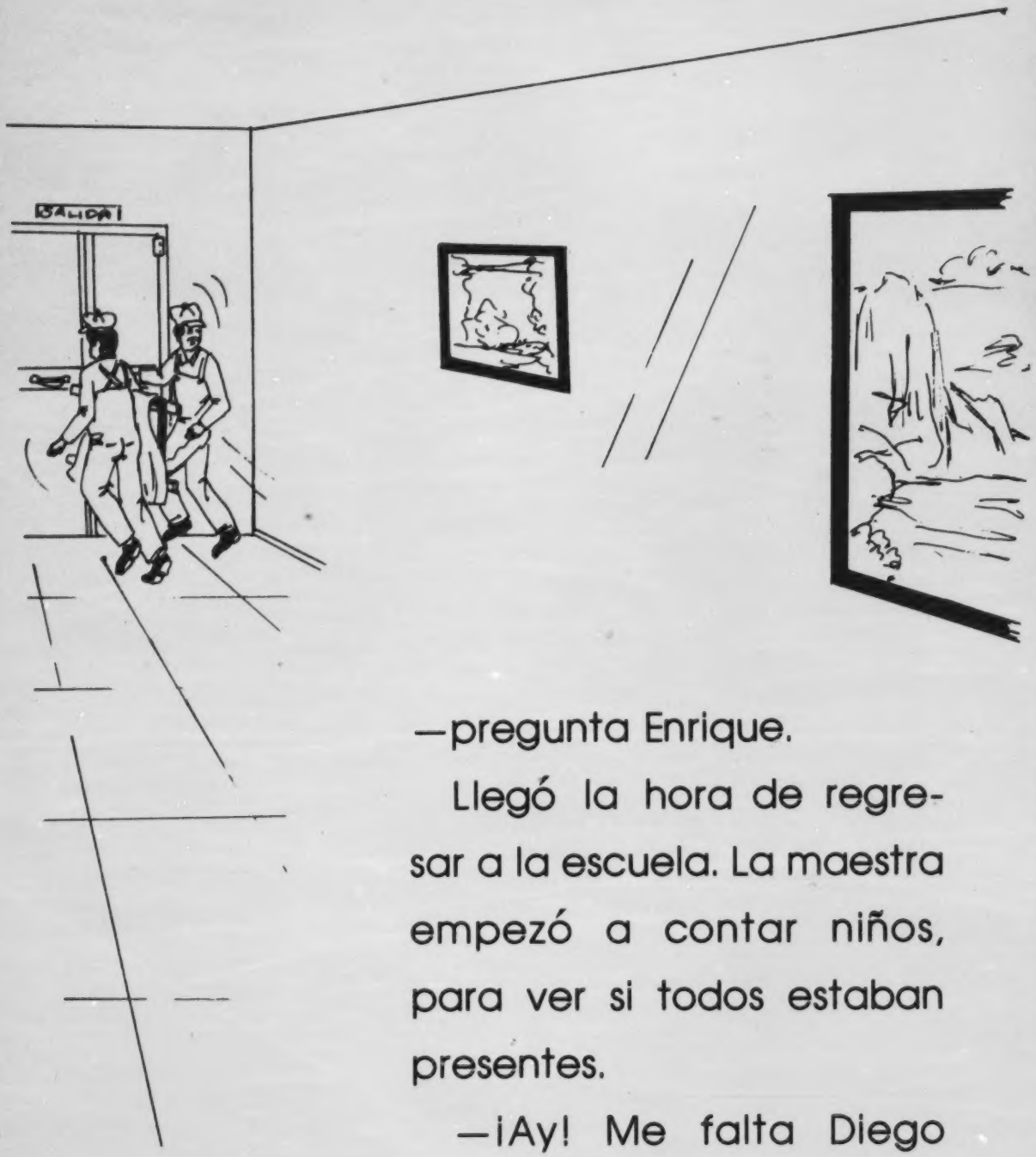
—No lo van a poder sacar del museo. Es un cuadro muy grande y pesado —dice Diego.

—¡Mira lo que están haciendo! —exclama

Orlando—. Están doblando la escalera y van a poner el cuadro en medio. ¡Mira cómo lo cubren con esa manta para que nadie lo vea!

—¡Ay! Van a sacar el cuadro del museo —grita Arturo.

—¿Qué vamos a hacer?



—pregunta Enrique.

Llegó la hora de regresar a la escuela. La maestra empezó a contar niños, para ver si todos estaban presentes.

—¡Ay! Me falta Diego

SALIDA

—dice la maestra—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Niños! Llamen a un guardia para que nos ayude a buscarlo.

Los guardias buscaban a Orlando y a Enrique, y ahora buscan a Diego.

Entre tanto los ladrones aprovechaban la confusión para escaparse con el cuadro. Lo llevan colgado en la escalera cubierto con una manta.

Cuando los niños ven a los ladrones tratando de escaparse, salen de su escondite y comienzan a gritar:

—¡Ahí van los ladrones! ¡Ahí van los ladrones! ¡Agárrenlos! No dejen que se escapen con la pintura.

—¿Qué dicen? ¿Quiénes se están robando un cuadro? —pregunta alarmado uno

de los guardias.

—Esos hombres son ladrones! —exclama emocionado Diego—. Se están robando el cuadro de Colón.

—Allí lo llevan debajo de esa escalera.

Orlando persigue a los ladrones. Diego y Enrique lo siguen. Los guardias y la maestra corren detrás de los niños.

Orlando alcanza

a los ladrones, jala la manta y descubre la pintura robada.

—¡Es cierto! —dice un guardia muy alarmado—. Estaban a punto de robarse el cuadro. Lo llevaban escondido debajo de

esta tela.

Al poco rato llegó la policía y se llevaron a los ladrones del museo.

También vinieron los reporteros y fotógrafos de los periódicos. Al día siguiente publicaron las fotos de los tres niños que salvaron el famoso cuadro de Cristóbal Colón.

EL CUENTO DE AURELIO

La familia de Aurelio estaba cenando. Aurelio de pasa el plato a su papá para que le sirva.

—¿Me puedes servir un poco más de guisado? Papá, mañana tengo que contar un cuento a la clase. Tenemos que decir un relato que nuestros padres nos hayan contado. También puede ser alguna fábula narrada por nuestros abuelitos.

—Todos los cuentos que sé, me los contó tu abuelo —le dice su papá—, tal vez el pueda hacerlo mejor.

—Cuando acabemos de cenar, te contaré uno muy bonito —añadió el abuelo—.

Page 44 blank.

A no ser que prefieras dormir.

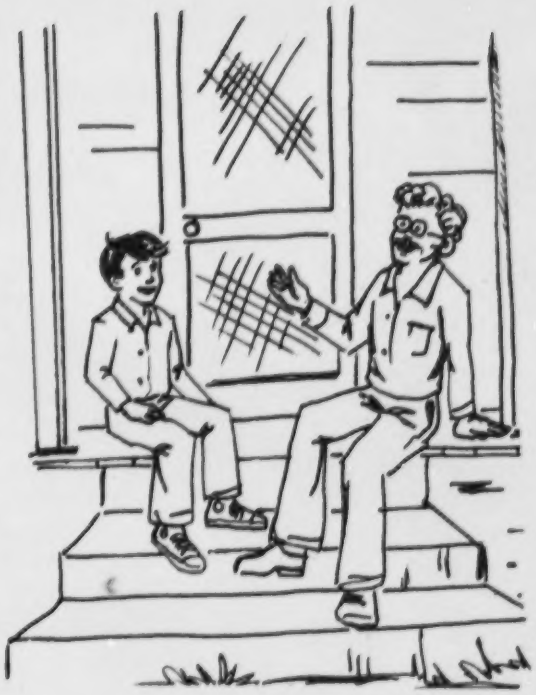
—No me da sueño cuando cuentas una de tus historias —le contesta Aurelio.

Terminaron de cenar. Aurelio y su abuelo salieron al pórtico que estaba fresco. Aurelio se sentó en los escalones, esperando que su abuelo empezara.

—Ya sé lo que te voy a contar. Es el cuento

del plumaje del tecolote —dijo el abuelo. Y comenzó a relatar su cuento:

—Los animales del bosque iban a tener un gran baile de gala.



Los pájaros se vistieron con sus más hermosos, plumajes. El tucán se puso un precioso traje, compuesto de plumas verdes, rojas y amarillas.

En seguida fue por su amigo el tecolote a ver si estaba listo para ir al baile.

Lo encontró muy triste, por no tener suficientes plumas con qué cubrirse.

El tucán se compadeció de su amigo, y fue con las demás aves a contarles el problema. Decidieron ayudarlo. Cada una prestó una pluma para vestir al pobre tecolote.

El tucán, como era su mejor amigo, le

ayudó a colocarse las plumas. Finalmente el tecolote ya tenía un traje lo bastante elegante como para asistir a la fiesta.

Se paró frente al espejo a admirar su traje.

—En verdad que me veo elegante —pensó el tecolote—, me quedaré con las plumas.

Estaba tan entretenido admirándose en el espejo, que no oyó la voz de su amigo que le hablaba.

El tucán se encaró al tecolote y le advirtió:

—Las aves han querido ayudarte. Lo han hecho con una condición: cuando se termine el baile, regresarás las plumas que te prestaron. No debes quedarte con ellas.

—Oh sí, sí, lo prometo. Devolveré las plumas tan pronto como se termine el baile —dijo el tecolote.

Durante la fiesta, el tecolote lució su traje de gala. Era el mas hermoso. No había ninguno de los presentes que lo igualara. Todo el mundo vino a felicitarlo y a admirar su magnífico traje.

Naturalmente se

sintió muy orgulloso al verse tan halagado.

Al terminar el baile, el tecolote regresó a casa. No tenía ninguna intención de regresar las plumas como lo había prometido. Decidió esconderse en el bosque. Tan bien lo hizo que las aves jamás lo pudieron encontrar.

Esta es la razón por qué hoy en día el tecolote solo sale de noche.

—¿Qué te parece, Aurelio? ¿Te gustó el cuento? —le pregunta el abuelo.

—¡Sí! Me gustó mucho. Estoy seguro que a mi clase también le va a gustar mucho.

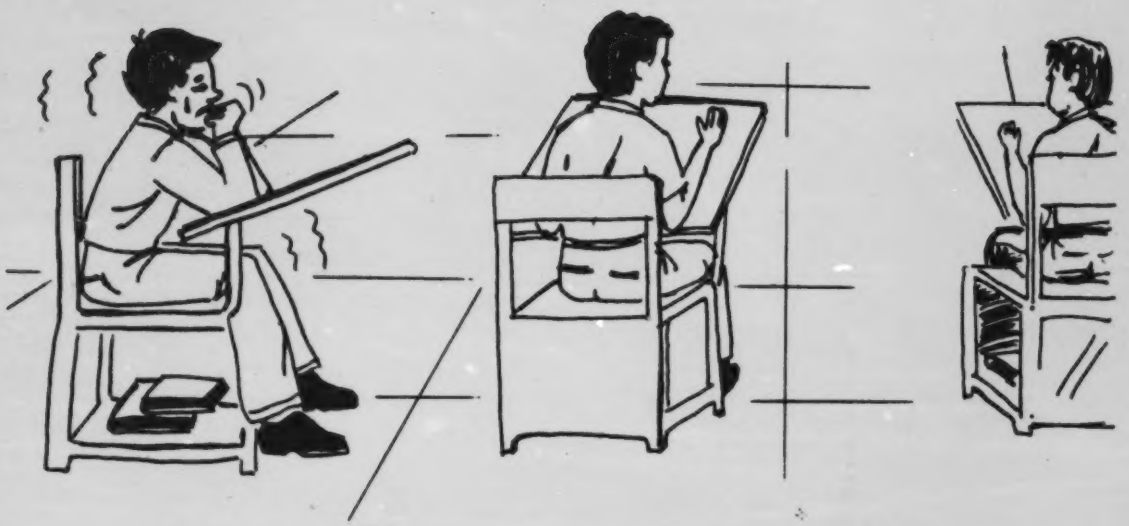
Esa noche, Aurelio durmió contento. Estaba ansioso de que llegara la mañana para contar su cuento.

Al día siguiente, llegó la hora de presentar

los cuentos a la clase. La maestra llamó uno por uno a los niños.

Después de oír a dos niños relatar sus cuentos, Aurelio comenzó a sentirse nervioso. No se sentía tan contento como la noche anterior.

Los demás niños habían contado sus cuentos en inglés. Su abuelo le había contado el cuento en español y el tendría también que contarlo en español.



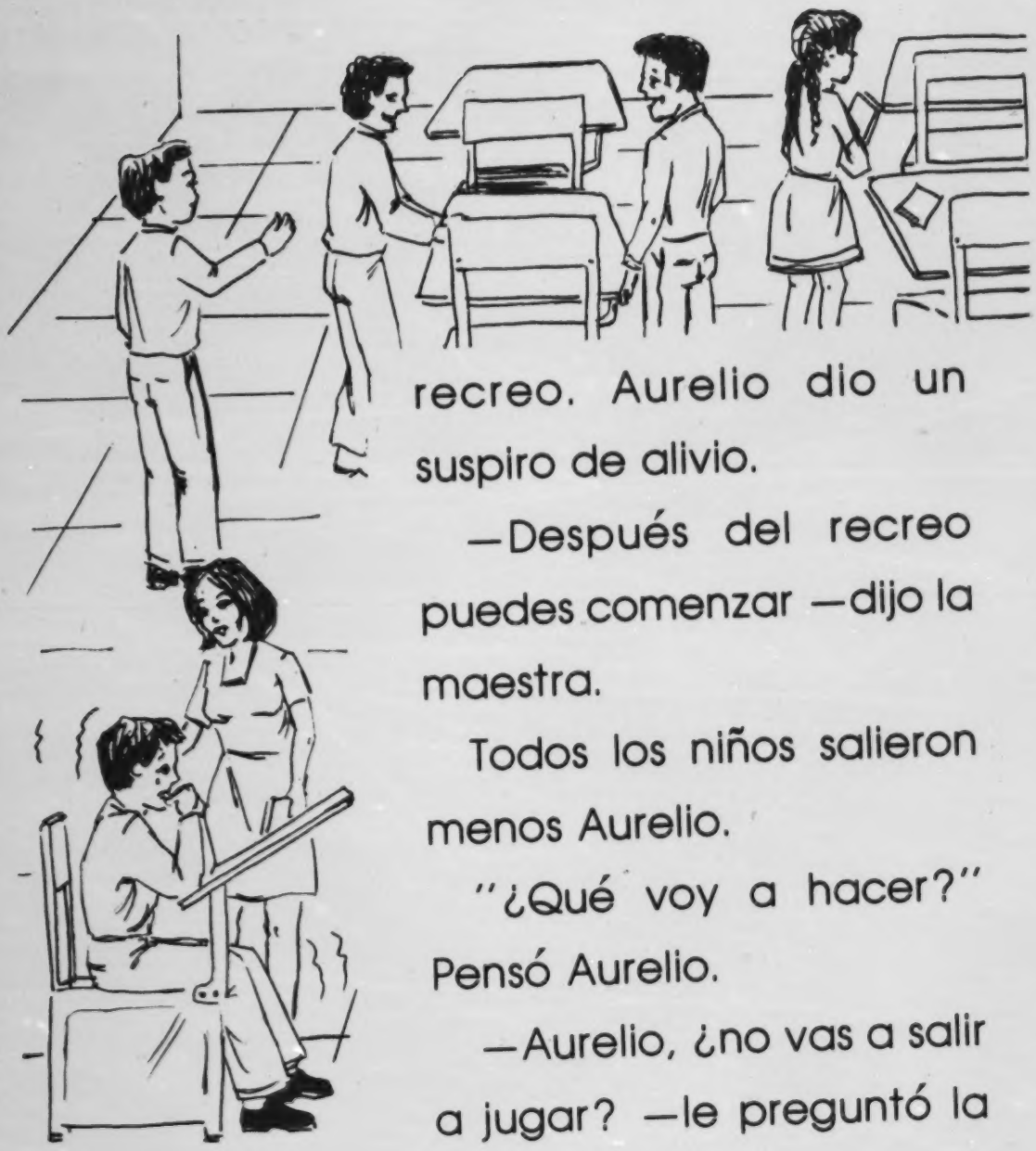
—"Pienso que a mis compañeros no les va a gustar mi cuento en español" —pensaba Aurelio.

—¿Seré el próximo que llame la maestra? ¿Qué haré?

—Aurelio, te toca ahora contar tu cuento —dijo la maestra.

Debido al miedo que tenía, Aurelio casi no podía levantarse de su asiento.

De repente, sonó la campana para salir al



recreo. Aurelio dio un suspiro de alivio.

—Después del recreo puedes comenzar —dijo la maestra.

Todos los niños salieron menos Aurelio.

"¿Qué voy a hacer?" Pensó Aurelio.

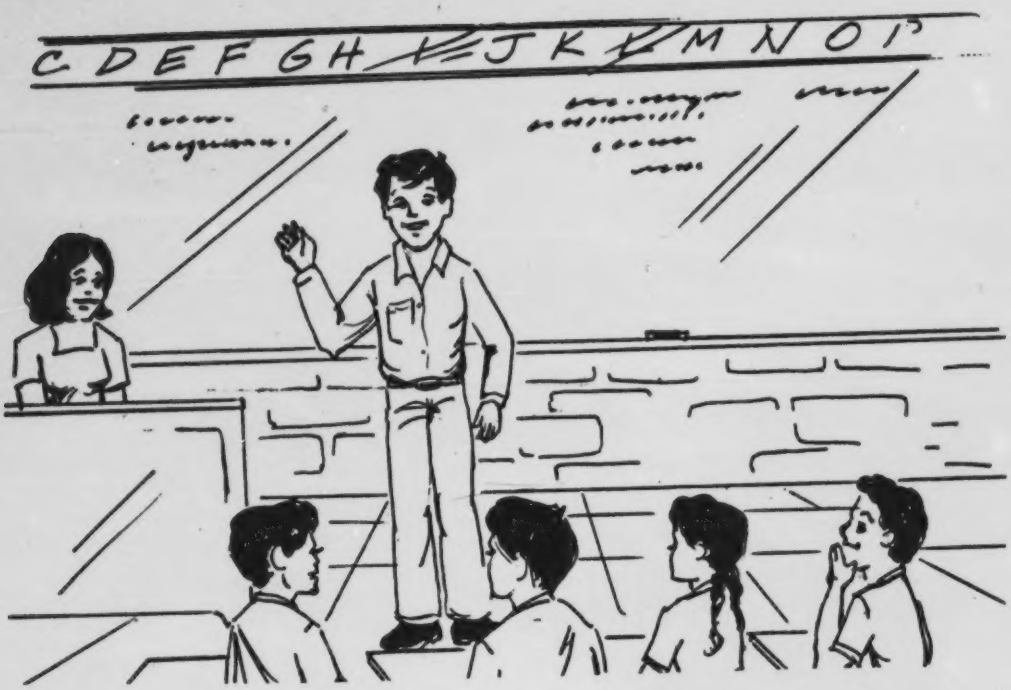
—Aurelio, ¿no vas a salir a jugar? —le preguntó la maestra.

—Tengo un problema —le dice Aurelio.

—Dime, ¿qué te pasa?

—Es que el cuento que voy a relatar me lo contó mi abuelo en español. Nadie ha contado uno en español. Yo seré el único. Creo que no les va a gustar.

—¿Es bonito el cuento de tu abuelo?



¿Te gustó?

—¡Sí! —le contesta Aurelio, con entusiasmo.

—Pues entonces, no tienes por qué estar nervioso. Cuéntalo tal como te lo narró tu abuelo.

Regresaron los niños al salón de clase. Aurelio se puso al frente de la clase y comenzó su relato, tal como se lo había contado su abuelo.

Cuando terminó notó las miradas de sus compañeros y de su maestra. Todos sonreían. De repente, Aurelio se sintió feliz y satisfecho.

¡Les había gustado el cuento!

LOS DOS AMIGOS

La clase de segundo año iba a visitar el parque zoológico de la ciudad. La maestra les había explicado a los niños acerca de los animales que verían en el parque. Les habló acerca de las panteras, los leopardos, en fin, todo acerca de la familia felina.

page 58 blank.

—Hoy vamos a visitar el zoológico —dijo la maestra—. Se anunció por radio que acaba de llegar una tigresa de Bengala, con un precioso cachorro de dos meses de edad.

—Bengala es una de las provincias más antiguas del reino de la India. ¿Quieren ir a verlos?

—¡Sí, sí, maestra! Queremos ver al tigrillo —gritaron los niños.

A la hora indicada llegó a llevarlos el autobús de la escuela. Pronto llegaron al zoológico.

Era la hora en que los guardianes le daban de comer a los animales.

Los niños se dieron cuenta de que los leones, tigres y demás felinos, comían carne fresca.

Uno de los guardias trajo carne para la mamá tigre, y su hijito el tigrillo. Cuando el guardia dejó la reja abierta para ponerles comida y agua, el tigrillo logró escaparse. El guardia ni siquiera se dio cuenta.

Cuando terminó, cerró la jaula y le puso un candado. Entretanto llegaban los niños en el autobús. Carlitos se apartó un poco del grupo para ir a ver los changos. Al pasar por una de las veredas, oye un ruido detrás de unos arbustos.

—Gr-r-r —gruñía el trigrillo.

—¿De dónde saliste? ¿Andas buscando a tu mamá? —le preguntó Carlitos.

—Ven, gatito —le dice Carlitos levantándolo—. Vamos a buscar a tu mamá.

Pero el tigrillo comenzó a gruñirle muy feo.

—Gr-rr-rr-gr.

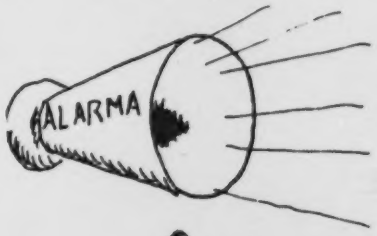
Entonces fue cuando Carlitos se dio cuenta de que éste no era un gatito como los demás. Este gatito, tenía dientes muy grandes y unas uñas muy largas. No se parecía a los gatos de casa.

"Rin-rin-rin" Se oyó la alarma. Los guardias

se habían dado cuenta de que el tigrillo se había escapado. La alarma también avisaba al público que había un animal suelto en el zoológico. La gente comenzó a correr hacia las salidas del parque y hacia la estación donde estaba el trenecito.

Inmediatamente la señorita. Rodriguez comenzó a contar los niños de su clase.

—Uno, dos, tres —hasta contar veinticuatro.



—¡Dios mío, me falta uno! ¡Me falta Carlitos! ¿Dónde está Carlitos?

Mientras tanto, Carlitos había hecho un amigo nuevo.

—Ven, acercate

gatito, no te voy a hacer nada —le decía Carlitos al tigrillo.

Poco a poco el trigrillo dejó de gruñir y se fue acercando a Carlitos. Carlitos tocó suavemente la cabeza del tigrillo y comenzó a acariciarle su sedosa piel.

De repente el tigrillo se puso a ronronear y se acercó hasta lamerle la mano a Carlitos. Este lo levantó en sus brazos y juntos comenzaron a recorrer el parque. Anduvieron por muchas veredas. Carlitos, entre más andaba, más se perdía.

Comenzaba a anochecer y Carlitos no sabía ya que dirección tomar. Tenían mucha sed. Encontraron una fuente de agua. Carlitos bebió y en el hueco de la mano le dio agua al tigrillo.

Cuando el tigrillo calmó su sed, comenzó a lamerle la cara a Carlitos. Parecía que le quería decir:

—¡Gracias! Muchas gracias, amigo mío.

Siguieron caminando por el parque, hasta que, en una de las vueltas, se encontraron cerca de la caseta de los guardias del zoológico.

Estaban muy cansados y tenían mucha hambre, pero estaban contentos. Se sentían verdaderos amigos.

Llego la hora en que se tuvieron que separar. El tigrillo tenía que regresar a su jaula con su mamá y Carlitos tenía que alcanzar el autobús que lo estaba esperando.

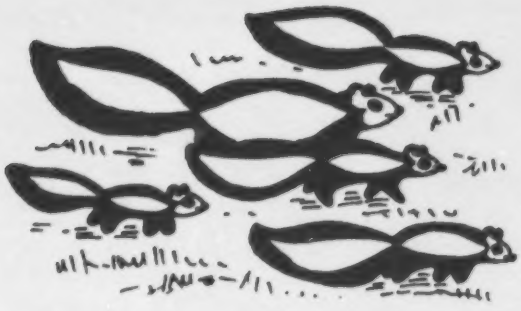
—Adiós, tigrillo, la semana entrante regresaré a visitarte. Voy a pedirle a mi mamá que me traiga al zoológico.

—Prr, prr! —contestó el tigrillo.

MÁS MIEDO QUE HAMBRE

MÁS MIEDO QUE HAMBRE

Zori es un zorrillito que vive con su familia en una cueva. Despierta una noche. Mira a su alrededor y se da cuenta que todos están dormidos. Piensa despertarlos, pero ve que todavía es de noche.



—Tengo mucha hambre. No quiero despertar a mamá para que me dé de comer. Se va a enojar conmigo porque no fui con ellos temprano a buscar comida. Hacía mucho calor esta tarde y tenía más sueño que hambre —piensa Zori—. Pero, ¿qué voy a hacer? Ahora sí que tengo mucha hambre y es de noche.

Se levanta Zori con mucho cuidado para no despertar a sus hermanos.

—Voy a tener que salir a buscar algo que comer. Está muy oscuro. No quisiera salir de noche. Pero tengo más hambre que miedo.

Sale Zori en busca de nueces y frutas que comer. Va despacio por el bosque por no poder ver bien en la oscuridad. Al rato sale la luna que estaba detrás de unas nubes negras. Ahora Zori sí puede ver mejor.

Encuentra nueces bajo un árbol.

—¡Cómo me gustan las nueces! —piensa Zori.

Cuando está comiendo, oye un ruido espantoso. Deja de comer. Se queda en silencio. Quiere oír lo que pasa.

Otra vez oye ese ruido espantoso:

—¡U! ¡U! ¡U!

Zori tiene miedo, pero a la vez, quiere saber qué es lo que hace ese ruido.

Zori mira hacia arriba y ve dos grandes ojos amarillos brillando entre las hojas del árbol. Zori se asusta más al oír de nuevo aquel ruido tan espantoso:

—¡U! ¡U! ¡U!

Deja caer las nueces y empieza a correr. Zori no sabe que aquel animal que hace ese horrible ruido es un tecolote. El tecolote sí que reconoció al animal que estaba debajo del árbol.

Al asustarse Zori, dejó su famoso perfume.

¡Pobre tecolote! Era tan fuerte el olor de Zori, que tuvo que moverse del árbol. Voló lejos para escapar del perfume.

Zori llegó a un jardín lleno de flores bonitas.

—¡Qué susto me dio ese animal! Tan aprisa tuve que correr que ahora tengo más hambre. No me dio tiempo de recoger mis nueces. Las dejé debajo del árbol. No quiero volver a verlo.

Zori empieza a ver a su alrededor, y a oler las flores.

De repente oye un ruidito.

—Es una mosca, a ver si la puedo pescar —piensa Zori.

Con mucho cuidado camina entre las flores y pesca al insecto entre sus manos. Está listo para comérselo cuando el insecto se enciende como foco.

Sorprendido Zori, suelta a la luciérnaga.

—Nunca he visto a una mosca que se prenda como foco. No la quiero. Si me la como, me va a doler el estómago.

Zori nunca había visto a una luciérnaga. Esta, lo mismo que el tecolote, siempre sale por las noches.

Mientras Zori ve a la luciérnaga, algo pasa volando muy cerca de su cabeza. Zori corre y se esconde entre las flores. Siente miedo otra vez.

—No puede ser un pájaro. Todos los que conozco están dormidos. Pero es algo que vuela como un pájaro —piensa Zori.

El animal vuelve a pasar. Esta vez lo ve Zori.

—¡Ay! Parece rata con alas. ¡Qué horrible!

Zori no sabía lo que era un murciélago. Lo ve alejarse y sale de donde está escondido. Se da cuenta que todavía es de noche.

—Las nueces que comí fueron muy pocas —piensa Zori—. Todavía tengo hambre.

Tampoco me pude comer el animalito que se prendía como foco. ¡Ya me cansé! Voy a regresar a mi cueva.

—No volveré a salir de noche. Tendré que acostarme con hambre. Pues, ni modo, es lo que me saco por no hacerle caso a mi mamá.

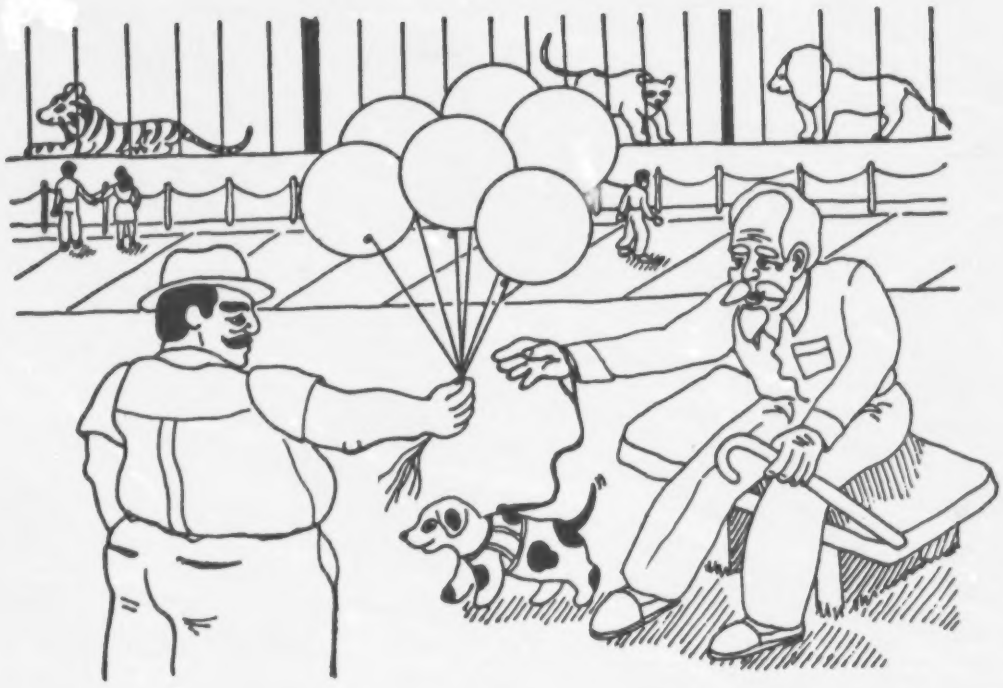
LAS AVENTURAS DE LOS GLOBOS

page 82 blank.

LAS AVENTURAS DE LOS GLOBOS

Don Gordis se ganaba la vida vendiendo globos en el zoológico. Un día se le olvidó traer su almuerzo. Como estaba demasiado lejos para ir hasta su casa, decidió comprar unos tacos en la lonchería del zoológico. Pero tenía un problema, ¿qué haría con sus globos mientras comía?

—Si los dejo a la entrada de la lonchería algún muchacho travieso se los puede robar —pensó don Gordis.



En eso ve a un viejito sentado con su perrito en una banca del parque. El perrito era blanco y negro. Se llamaba Chiquis.

—Quisiera pedirle que me hiciera el favor de cuidarme mis globos mientras voy a comer a la lonchería —le dice don Gordis al viejito.

—Sí, cómo no —le contesta el viejito—. Vaya a comer, no tenga cuidado. Yo le

cuido sus globos.

Había mucha gente esperando en la lonchería. Se tardó mucho en regresar don Gordis. Mientras tanto, con el calor, le dio mucho sueño al viejito. Se quería dormir un ratito pero no sabía que hacer con los globos que le había encomendado don Gordis.

—¡Ah! Tengo una idea. Voy a atarlos (amarrar) al collar de Chiquis. Así los globos

no volarán y podré dormir un ratito.

En un instante se vino un fuerte viento. Tan fuerte que levantó al perrito con todo y globos.

Por más que Chiquis trataba de que el viento no se lo llevara, no pudo evitarlo. El viento lo llevó muy alto, por encima de los árboles y de las jaulas de los animales.

Pasó Chiquis por la jaula de los leones que empezaron a gruñir. Chiquis, muy asustado,

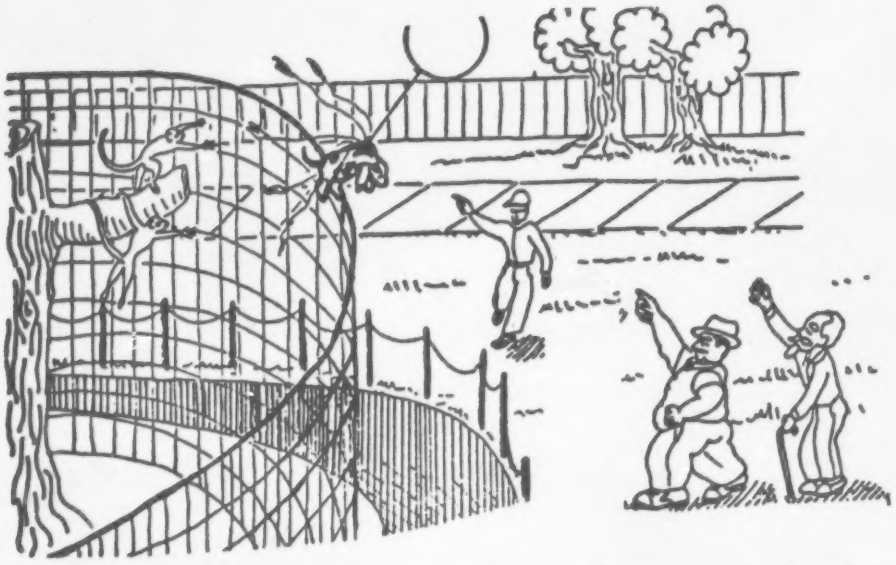
empieza a ladrar como pidiendo ayuda. La gente corre a ver lo que pasa.

—¡Ay! ¡Miren a ese perrito! ¡Se va a caer en la jaula de los leones!

Un pájaro carpintero que estaba picoteando la fruta de un árbol, ve pasar a Chiquis colgando de los globos.

—¿Qué serán esas cosas de tantos colores? —piensa el pájaro—. ¿Será otra clase de fruta? Voy a probar una.

¡Puf! Tronó un globo al reventarse. ¡Puf! Tronó otro cuando el pájaro lo picoteó. Enojado por no haber encontrado algo que comer, siguió picoteando, hasta que sólo quedaban tres globos.



El viento llevaba a Chiquis hacia la jaula de los monos. Al verlo pasar, se suben a lo más alto de un árbol y tratan de cogerlo.

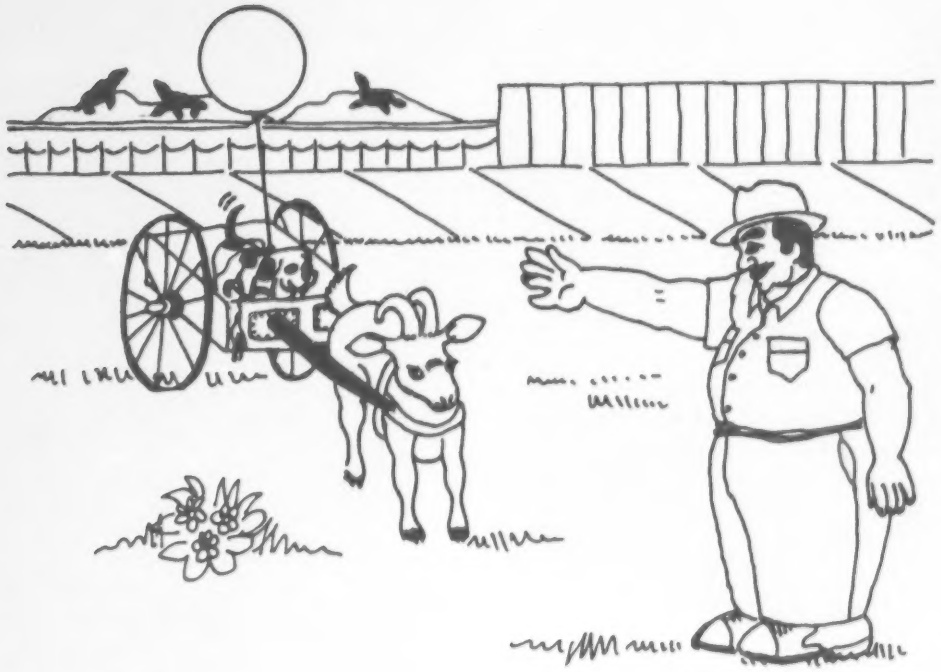
¡Puf! ¡Puf! Ahí van dos globos más. ¡Pobre Chiquis! Iba ya colgado de un solo globo. Al oír sus ladridos, el viejito despierta y don Gordis corre hacia donde está la gente.

—¿Que pasó con mis globos? —grita don Gordis—. ¿Qué hace ese perrito con mis globos?

El viejito no puede creer que es su perrito el que va volando por el aire. Se queda viendo sorprendido como Chiquis, poco a poco, va bajando y a la vez, observando como al último globo se le estaba saliendo el aire.

Chiquis cierra los ojos para no ver. De repente, ¡pum! Cae al suelo. No se atreve a abrir los ojos. Cree que ha caído en la jaula de uno de esos animales feroces. Siente que algo lo está jalando.

Finalmente abre los ojos y se da cuenta que ha caído en un carrito jalado por un

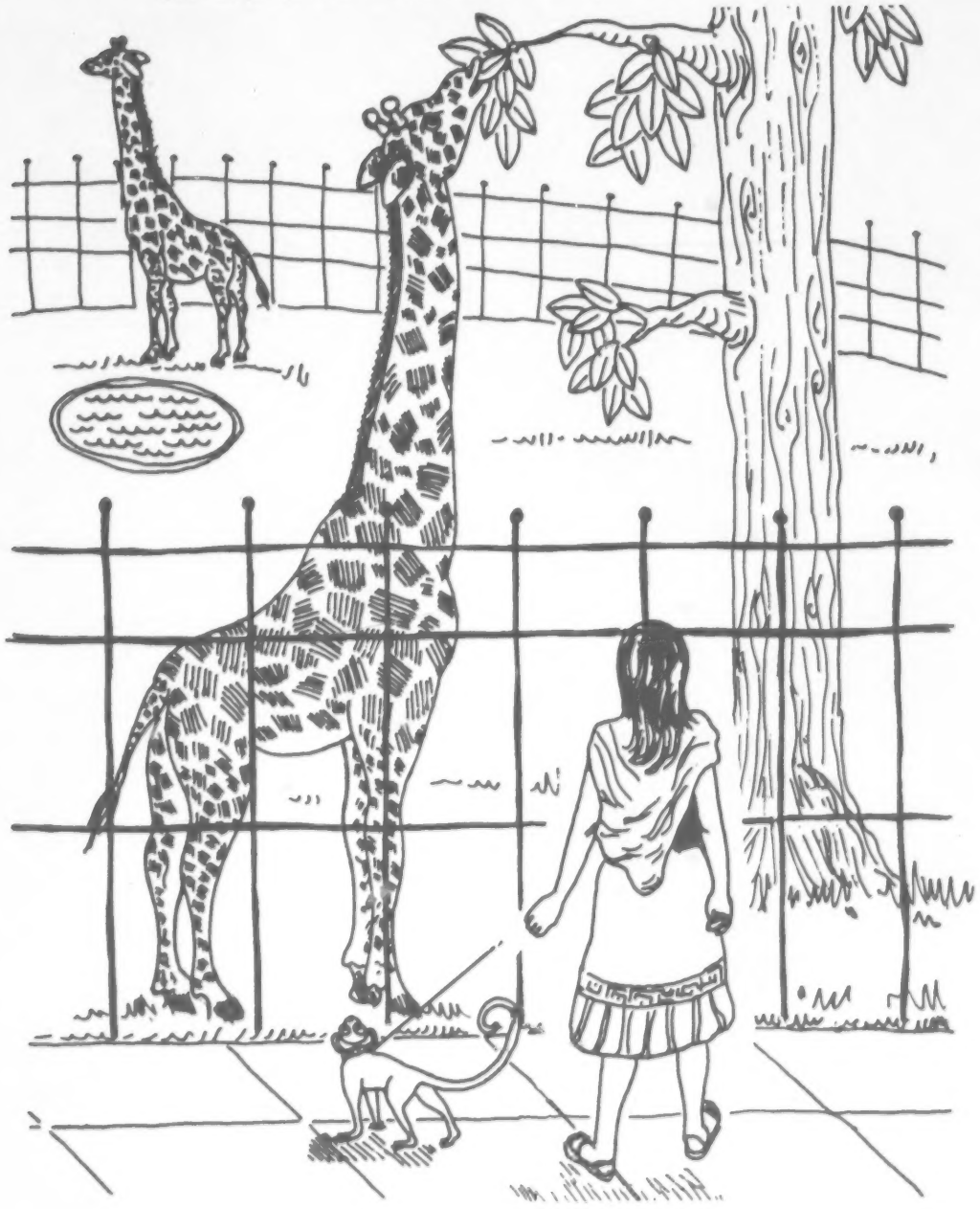


chivito. Al sentir el peso de Chiquis, pensó que era uno de esos niños que se suben a pasear por el parque.

¡Ahí van! —gritan los niños—. ¡Ahí van los animalitos!

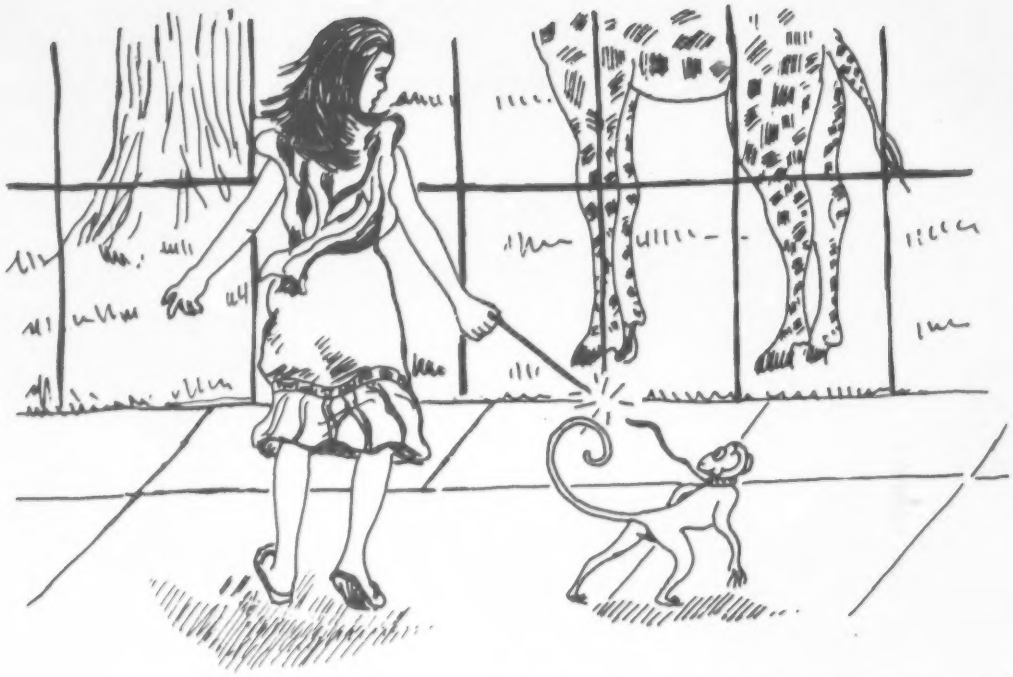
¡Qué barbaridad! Mejor me hubiera quedado sin comer —dice don Gordis—. Ahora no me queda ni un globo.

EL ZOOLÓGICO ALBOROTADO



94

Page 92 blank.

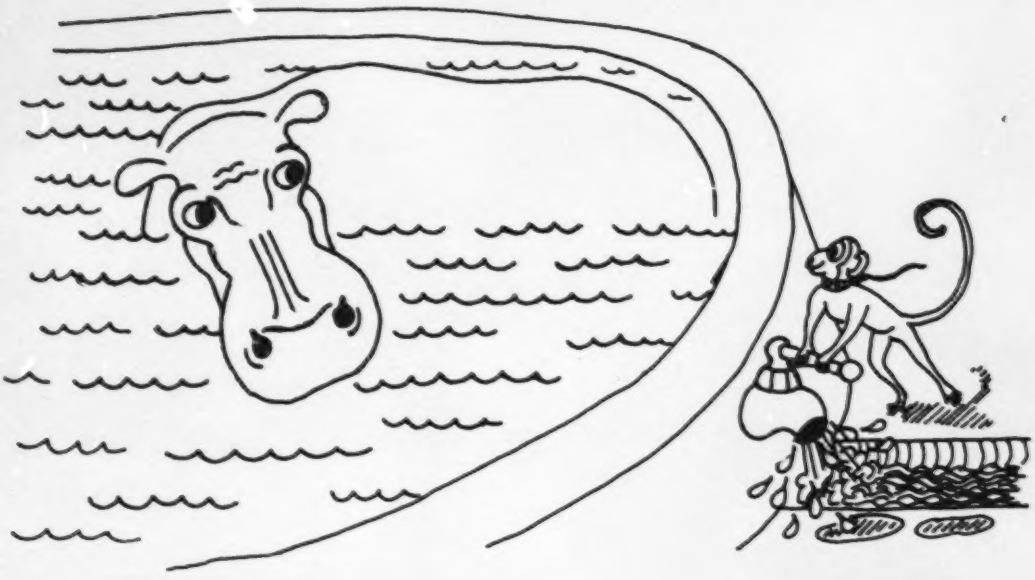


Un día, doña Josefina fue a pasearse al zoológico. Tenía un changuito a quien llamaba Chito. Lo traía atado a un collar con cadenita.

Doña Josefina visitó las jaulas de los leones y de los tigres. Luego pasó a ver a los elefantes y a las jirafas. Las jirafas se estaban comiendo las hojas tiernas de los árboles.

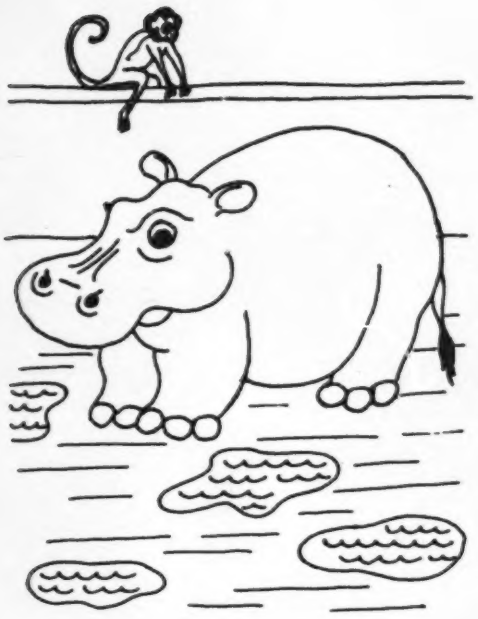
Mientras que doña Josefina se entretenía viendo a las jirafas, Chito logró soltarse. Al verse libre, comenzó a correr por el parque. Doña Josefina no se dio cuenta que se había escapado su changuito.

Chito se alejó ágilmente de su dueña. Llegó al estanque de los hipopótamos. Estaba encantado viendo al bebé de la familia, Chacho, que ya pesaba más de trescientos kilos, y que se estaba dando un baño en el estanque.



Chito se acercó a la orilla del estanque para poder observar a Chacho más de cerca. Se fijó que al lado del estanque había una llave grande amarrada a una cadena. Como los changuitos son muy curiosos, Chito pensó:

—¿Para qué será la llave? ¿Por qué está amarrada a esa cadena? Voy a jalar la cadena para ver que pasa.



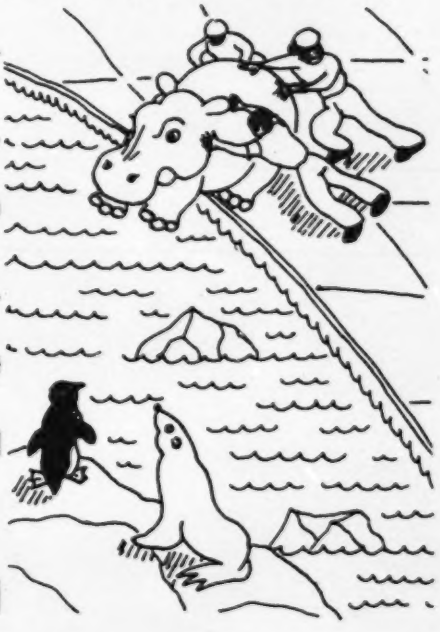
Al jalar la cadena, se oyó un fuerte ruido. Era el agua que se estaba saliendo del estanque. Chito había jalado el tapón. Poco a poco se iba saliendo toda el agua en que se bañaba Chacho. Por fin llegó el momento que el estanque quedó vacío.

¡Pobre Chacho! No pudo terminar de

darse su baño de mediodía. Estaba muy molesto y daba rugidos tan fuertes que los guardias vinieron a ver que sucedía.

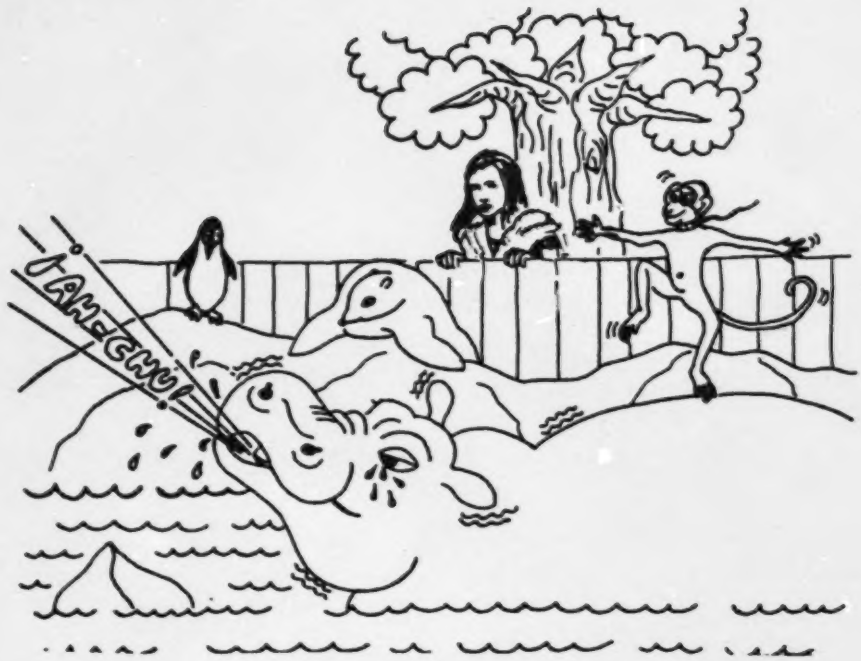
—¿Qué le pasa a Chacho? ¿Por qué está tan enojado? Miren, no hay agua en el estanque. ¿Quién habrá jalado el tapón? Con razón Chacho está tan molesto.

Los hipopótamos necesitan mucha agua para poder bañarse cuando tienen calor. Los guardias, jalaron y empujaron hasta que por fin, lograron llevar a Chacho al estanque de enseguida.



El agua del estanque de las focas estaba más fría que la de su estanque.

—¡Brrr! ¡Que fría está el



agua! Creo que voy a pescar un resfriado —dijo Chacho.

Chito estaba tan asustado que empezó a brincar. De un salto cayó en la espalda de Chacho y empezó a dar de chillidos.

Mientras tanto, doña Josefina se había dado cuenta de que Chito había

desaparecido. Oyó el alboroto de los animales y corrió al estanque de las focas.

Chacho se ha resfriado. Abre su enorme hocico y estornuda de nuevo.

—¡Ah-Chú! —Lo hace con tanta fuerza que Chito cae al agua muy cerca del hocico de Chacho.

Al ver esto, doña Josefina exclama:

—¡Ay, mi changuito! Se lo va a comer el hipopótamo.

—¡Saquen a mi pobre Chito antes de que se lo coma!

Finalmente cuando logran sacar a Chito del agua, éste se queda pensando:

—¡Si supieran quién causó todo este alboroto!